

Amos Oz

**La Colina del Mal Consejo**

Traducción del hebreo de  
Raquel García Lozano

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

## La Colina del Mal Consejo

Estaba oscuro. En la oscuridad dijo una mujer: no tengo miedo. Un hombre le respondió: tienes mucho miedo. Y otro hombre dijo: silencio.

Después se encendieron unas tenues luces a los lados del escenario, se alzó el telón, y se hizo el silencio.

En el mes de mayo del año 1946, al cumplirse un año de la victoria de los aliados, el Consejo Nacional organizó una gran fiesta en el cine Edison. Las paredes estaban adornadas con banderas de Inglaterra y del movimiento sionista. En el borde del escenario había jarrones con gladiolos. Y habían colgado un versículo de la Biblia: «Haya calma entre tus muros, paz en tus palacios»<sup>1</sup>.

El gobernador de Jerusalén subió al escenario con paso marcial y pronunció un breve discurso. En el discurso intercaló alguna broma y también leyó unos versos de Byron. Tras él se levantó Moshé Shertok para expresar en inglés y en hebreo las tribulaciones de la población judía. En las esquinas de la sala, y junto a las salidas y el escenario, había soldados ingleses con

<sup>1</sup> Salmos 122, 7. (*N. de la T.*)

gorras rojas que empuñaban ametralladoras por miedo a la resistencia. Desde el palco miraba muy erguido el Alto Comisionado, sir Alan Cunningham, acompañado de un pequeño séquito de damas y oficiales del ejército. Las damas tenían anteojos en las manos. Un coro de pioneros con camisas azules entonaba canciones de trabajo. Eran canciones rusas, y ni en ellas ni en el público había alegría, tan solo nostalgia.

Tras la actuación del coro proyectaron una película sobre el veloz avance de los blindados de Montgomery en el desierto occidental. Aquellos blindados levantaban columnas de polvo, arrasaban trincheras y alambradas de espino con sus cadenas, perforaban el cielo gris del desierto con las puntas de sus antenas. Y la sala se llenó de estruendo de cañones y algarabía de marchas militares.

En mitad de la película, un ligero murmullo recorrió el palco de honor.

De pronto se interrumpió la proyección. Se encendieron todas las luces en la sala. Alguien alzó la voz y se oyó una reprimenda o una orden enérgica: se necesitaba urgentemente un médico.

En la fila número 29 el padre se puso de inmediato en pie. Se abrochó el primer botón de su camisa blanca, le susurró a Hillel que cuidara de la madre y la calmara hasta que la situación se aclarase y, como quien salta intrépidamente a una casa en llamas, se abrió paso hacia las escaleras del anfiteatro.

Resultó que lady Bromley, la cuñada del Alto Comisionado, había sufrido un repentino desvanecimiento. Llevaba un largo vestido blanco y también su rostro estaba blanco. El padre se presentó aceleradamente a las autoridades mientras colocaba el débil brazo de la

mujer sobre sus hombros. Como un refinado caballero guiando a una bella durmiente, condujo el padre a lady Bromley hacia el ropero de señoras. Allí la acomodó sobre un taburete tapizado y le ofreció un vaso de agua fría. Tres altos funcionarios ingleses vestidos de etiqueta se apresuraron a seguirle, rodearon a la enferma por la derecha, por la izquierda y por detrás, y sujetaron su cabeza mientras bebía un trago de agua con dificultad. Y un anciano coronel, con uniforme de la aviación, sacó el abanico de la mujer de su bolsita blanca, lo abrió con cuidado y le dio aire en la cara.

La lady abrió sus ojos cansados. Como con ironía miró un instante a todos los esforzados caballeros que la rodeaban. Era muy vieja, huesuda, puntiaguda como un ave sedienta, tenía la nariz fina y afilada, y la boca fruncida con un gesto de ofensa y maldad.

—Así pues, doctor —se dirigió el coronel al padre en tono severo—, así pues, ¿qué ocurrirá ahora?

El padre dudó un instante, se disculpó dos veces y, de pronto, tomó una decisión. Se inclinó y, con sus finos y bonitos dedos, aflojó los cordones del apretado corsé. Entonces lady Bromley se sintió mejor. La mano reseca, que parecía una pata de gallina, volvió a colocar el bajo del vestido. Entre sus labios fruncidos se abrió una grieta, una especie de sonrisa defectuosa, luego cruzó sus viejas piernas, y cuando habló su voz era chillona y hostil, una voz de latón:

—Es solo el clima.

Uno de los altos funcionarios dijo educadamente:

—Señora...

Pero lady Bromley no le prestó atención. Se dirigió impaciente al padre:

—Joven, ¿sería tan amable de abrir todas las venta-

nas? También esa. Necesito un poco de aire. Qué muchacho tan simpático.

Hablaba así al padre porque con su camisa blanca, que le caía sobre los pantalones caqui, el cuello abierto y las sandalias bíblicas, le parecía un chico del servicio en vez de un médico. Había pasado su juventud entre monos, jardines y fuentes en la ciudad india de Bombay.

El padre obedeció en silencio y abrió una ventana tras otra.

El aire de la tarde jerosolimitana entró y con él olores a repollo, pinos y basura.

Sacó de su bolsillo un pequeño paquete de la mutua sanitaria, quitó con muchísimo cuidado la tapa, que estaba marcada con líneas discontinuas, y ofreció a la lady una aspirina. El padre no sabía pronunciar la palabra «migraña» en inglés y, por tanto, la dijo en alemán. En ese momento seguro que sus ojos azules brillaron con una luz amable y optimista tras sus gafas redondas.

Al cabo de diez minutos, la lady ordenó que la llevaran de vuelta a su sitio en el palco de honor. Uno de los altos funcionarios anotó en su libreta el nombre y la dirección del padre y expresó un comedido agradecimiento. Sonrieron. Hubo un ligero desconcierto. De pronto el funcionario alargó la mano. Y se las estrecharon.

El padre se dirigió de nuevo a su asiento en la fila 29, entre su mujer y su hijo, y dijo:

—No ha pasado nada. Es solo el clima.

Las luces de la sala se apagaron. De nuevo se vio al general Montgomery persiguiendo sin piedad al general Rommel por todo el desierto. El fuego y las columnas de polvo llenaban la pantalla, Rommel aparecía en primer plano mordiéndose con fuerza los labios y, al fon-

do, el ardiente fragor de las gaitas llegaba al borde del éxtasis.

Al final se tocaron los himnos, el británico y el sionista. La fiesta terminó. Los ciudadanos salieron del Edison y se dirigieron a sus casas. Sobre Jerusalén cayeron de pronto las sombras del atardecer. A lo lejos se veían montañas peladas con alguna torre solitaria. En las laderas lejanas había cabañas dispersas. Las callejuelas bullían de sombras y susurros. La ciudad entera había sido conquistada por una fuerte nostalgia. Las primeras luces aparecieron en las ventanas. Había una tensa espera, como si en cualquier momento fuese a oírse un sonido nuevo. Pero solo se oían los viejos sonidos por todas partes, el reproche de una mujer, el chirriar de una contraventana, el maullido de un gato en celo entre los cubos de basura de algún patio. Y una campana muy lejana.

Frente a la ventana de su tienda vacía, un guapo peluquero bújaro con una bata blanca se afeitaba el mentón mientras cantaba. Al mismo tiempo atravesaba el cruce un jeep de la patrulla inglesa con una ametralladora cargada con ristas de balas de plomo resplandeciente.

Una anciana estaba sentada sola en un taburete de madera junto a una tienda de artículos de papelería. Sus manos, agrietadas como las de un albañil, descansaban sobre sus rodillas. Las últimas luces de la tarde rodeaban su cabeza y sus labios se movían en silencio. Desde la tienda habló otra mujer en yiddish:

–*S'iz a poshete zakh, s'iz a shlekht zakh*<sup>2</sup>.

La anciana no respondió nada. Tampoco se movió.

<sup>2</sup> «Es una cosa muy simple. Muy mala», en yiddish en el original. (*N. de la T.*)

Junto a la prensa de planchado de Ehrenpreis, se acercó al padre un mendigo piadoso pidiendo una pequeña moneda, al recibirla dio gracias a Dios con ira, maldijo dos veces a la Agencia Judía y, con la punta de su bastón, espantó a un gato callejero.

Por el este repicaban las campanas, campanas agudas y campanas graves, campanas pravoslavas, campanas anglicanas, campanas griegas, campanas etíopes, romanas, armenias, como si la ciudad estuviese sufriendo una epidemia o un incendio. Pero esas campanas solo pretendían llamar noche a la noche. Y también una ligera brisa llegó desde el noroeste, quizás desde el mar, apenas tocó las copas de los pálidos árboles ornamentales plantados por el Ayuntamiento de Jerusalén en lo alto de la calle Malaquías y acarició los rizos del niño. Estaba anocheciendo. Un ave invisible hacía un ruido extraño e insistente. En las rendijas de las paredes de piedra crecían líquenes. El óxido se extendía por las viejas contraventanas de hierro y las barandillas de los balcones. Jerusalén estaba muy tranquila con las últimas luces.

Por la noche, el niño volvió a despertarse con un ataque de asma. El padre fue descalzo a cantarle una canción que le calmara: «El cordero descansa y el cabrito/ con los ojos cerrados, tú también/ el viento acalla su grito/ duerme Jerusalén».

Al amanecer aullaron los chacales en el wadi al pie del barrio de Tel Arza. El subarrendado Mitya empezó a gritar en sueños al otro lado de la pared: «¡Dejadle! ¡Aún está vivo! *Ya ne znayu*»<sup>3</sup>. Y se calló. Luego cantaron gallos lejanos desde el barrio de Sanhedria y el

<sup>3</sup> «No sé», en ruso en el original. (N. de la T.)

pueblo árabe de Soafat. Con las primeras luces el padre se puso unos pantalones largos color caqui, unas sandalias, una camisa azul planchada con muchos bolsillos y se fue a trabajar. La madre siguió durmiendo hasta que las vecinas empezaron a golpear con todas sus fuerzas los cobertores y los colchones. Entonces salió de la cama con la bata de seda, preparó al niño un huevo cocido, una papilla de cereales, un vaso de cacao sin nata y le peinó los rizos.

Hillel dijo:

–Yo solo. Y se acabó.

Un viejo cristalero pasó por la calle gritando: «¡Cristalero profesional! ¡América! ¡Lo arreglo todo!». Y los niños le iban gritando: «¡Loco!».

Al cabo de tres días el padre recibió sorprendido una invitación dorada para dos personas para asistir a la fiesta de mayo en el palacio del Alto Comisionado situado en la Colina del Mal Consejo. En el dorso de la invitación, el secretario escribió en inglés que lady Bromley quería expresar así su gratitud al doctor Kipnis, junto con sus más sinceras disculpas, y que sir Alan en persona le transmitía sus respetos.

El padre no era exactamente médico, era veterinario.